

CORTESANIA DIPLOMATICA

ENTRE S. E. EL SEÑOR DR. D.

LUIS CORDERO,

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

Y

EL EXCMO. SEÑOR DR. D.

ANTONIO JOSE DE SUCRE,

E. E. Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO


DE


VENEZUELA.


QUITO.

IMPRESA DEL GOBIERNO.

1895.

 Como un recuerdo especial del Centenario del peraclito Vencedor de Pichincha, nos hemos complacido en agrupar, en este corto folleto, las siete piezas literarias, de carácter diplomático y de índole altamente patriótica, que se han cambiado entre S. E. el Señor Presidente del Ecuador y el benemérito Plenipotenciario de la noble República de Venezuela, con motivo de la celebración de día tan fausto, como el que, á la vuelta de un siglo, conmemoró el nacimiento del Gran Mariscal de Ayacucho.

 En folleto aparte, y de no pequeña extensión, reunirá la mano del patriotismo agradecido los discursos y demás documentos concernientes á aquella gloriosa fecha.

uando la memoria de Sucre, reavivada por el soplo de un siglo, ha cruzado el cielo de la América, como un nuevo sol encendido por la gloria, y sus reflejos forman aún largo día en el mundo del entusiasmo; cuando la atmósfera del Continente vibra todavía armoniosa con los ecos del himno gigantesco levantado por millones de pechos libres al Hijo de la Libertad y Mártir de ella; hemos querido solamente recoger un haz de rayos de aquel sol en estas páginas; guardar en ellas algunas de esds armonías, y, en testimonio de respetuosa amistad, dedicarlas al distinguido deudo del inmortal Sucre, al digno Representante de la Patria de los Libertadores, en la segunda Patria del segundo Libertador Americano.

UAN ABEL ECHEVERRÍA,

SUBSECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Quito, Febrero 20 de 1895.



INVITACION

A los Patriotas Ecuatorianos.

ESTOY disfrutando de vuestra generosa hospitalidad, al favor del encargo doblemente honroso que me ha confiado mi Gobierno.

BIEN sabéis que he venido á vuestro simpático suelo con dos fines: solicitar los restos del repúblico inmolado en Berruecos por el genio maléfico de la discordia que disolvió á Colombia la Grande; representar á mi Nación en el Centenario con que os preparáis á ensalzar el nombre del más

amado y venerado de vuestros libertadores y mandatarios.

OBEDECIENDO á deberes imprescindibles de religión y familia, he creído indispensable, desde que vine aquí, celebrar un solemne funeral en sufragio del alma del virtuoso deudo cuyo nombre llevo, y para público desagravio de los desacatos cometidos con sus venerandas reliquias. Verificaráse esa función fúnebre en esta Santa Iglesia Metropolitana, el 30 del corriente, á las diez a. m.

SEGURO estoy de que fraternizaréis conmigo en esa piadosa demostración que me prometo ha de ser prenda de descanso y felicidad perpetua para el guerrero que en las faldas del Pichincha aseguró vuestra independencia, y presagio de paz y prosperidad duraderas para la Patria que lo aclama su padre, después del Gran Libertador.

EN pos de las ceremonias expiatorias vendrán luego las fiestas que han de ser clásicas en los fastos de vuestra gloriosa historia.

A FUER de hijos agradecidos, os disponéis á rememorar la fama immaculada del Prócer que habéis hecho vuestro, con filial y patriótico orgullo.

SÉAME permitido recordaros que es immaculada la fama de Sucre, menos por sus laureles militares, inmarcesibles y todo como son, que por sus virtudes cívicas, entre las cuales resplandece en primer término su invencible horror á la guerra civil.

Si su espada brilla nítida, cual la de ninguno de los grandes capitanes de la emancipación continental, debe privilegio tan singular al esmero que siempre puso él en no empañarla con el orín sangriento de contiendas intestinas.

LA ofrenda más digna de su memoria es, sin duda, el espíritu de fraternal concordia con que habréis de festejar su Centenario.

EN esos días venturosos de nacional regocijo, han de tener los

ecuatorianos un solo corazón y una sola alma, para glorificar á la Patria en la persona de su segundo Libertador, alevosamente asesinado, cuando, á despecho de razonables y reiteradas amonestaciones, insistió en correr presuroso á impedir que su predilecto Ecuador fuese víctima de cruentas disensiones.

SU muerte trágica fué efecto inevitable de sus paternales esfuerzos por conservar en paz al país que tan entrañablemente amaba.

NINGÚN homenaje, pues, más grato á su magnánimo corazón, allá en las regiones gloriosas de su inmortalidad, que el mantenimiento acá de bien tan precioso.

Así lo desca y lo pide fervientemente al Cielo

Vuestro agradecido huésped,

Antonio José de Sucre.

Quito, 16 de Enero de 1895.



LUIS CORDERO,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
A LOS ECUATORIANOS.

COMPATRIOTAS:

SE ACERCA el solemne día en que, no sólo el Ecuador, sino también Venezuela, Colombia, el Perú, Bolivia, la América, en suma, y aun Europa, van á conmemorar, al través de un siglo, el nacimiento de uno de los hombres más ilustres y capitanes más esclarecidos.

EL 3 de Febrero próximo es una gran fecha. En este día prescin-

dirán mil poblaciones americanas de todo lo que no sea la augusta memoria de D. Antonio José de Sucre, y pensarán exclusivamente en dar á la apoteosis secular del héroe toda la pompa que cabe.

EL Ecuador, modesto, pero generoso y agradecido, no será el pueblo que con menor entusiasmo conmemore al adalid inmortal que levantó la espada y lo declaró libre.

PICHINCHA es una de las más brillantes páginas de esa historia de portentos que llamamos *Emancipación de Sudamérica*. En Pichincha va á erguirse, majestuosa, la gran figura de nuestro especial Libertador.

EL 3 de Febrero aparecerá su sombra colosal, evocada por el amor y el reconocimiento de los ecuatorianos, en el campo mismo donde nació la Patria.

PREPARÉMONOS, compatriotas, para tan grandiosa fiesta. Nos acompañarán cuantos amen la libertad, veneren la virtud y aclamen el heroísmo.

PERO, si queremos presentarnos á la espectación del mundo como hijos predilectos del magnánimo Capitán, olvidemos, siquiera por unos pocos días, estas disenciones domésticas que nos inquietan y dividen.

LA interrumpida concordia de cualquiera familia noble suele restablecerse, aunque sea de un modo transitorio, cuando ésta va á recibir á un huésped ilustre.

SEAMOS familia noble. ¡Va á visitarnos el Gran Mariscal de Ayacucho!

OS PIDO tregua, para que podamos saludarle con caballerosa cortesía, sin que en la fiesta del más culto y amable de los caudillos colombianos, haya explosiones de odio, que desmientan nuestra civilización.

CONCIUDADANOS todos, como Presidente de la República, os hago una petición, que puede resumirse en estas breves palabras:

¡PAZ PARA GLORIFICAR A SUCRE!

SI ES, desgraciadamente, indispensable que nuestras reyertas continúen, sea, por lo menos, después que Sucre *se ausente*.

NO EMPAÑEMOS con nuestras caseras mesquindades el resplandor de su gloria.

Quito, Enero 17 de 1895.

Luis Cordero.

El Ministro de Hacienda, encargado del Despacho del Interior y Relaciones Exteriores,

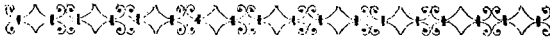
Alejandro Cárdenas.

El Ministro de Instrucción Pública, Justicia, etc.,

Roberto Espinosa.

El Ministro de Guerra y Marina,

General José María Sarasti.



FELICITACION

AL EXCMO. SEÑOR

DOCTOR D. LUIS CORDERO,

Presidente de la República del Ecuador.

GRACIAS, Señor, por la proclama que acabáis de dirigir á vuestros compatriotas, para invitarlos á celebrar dignamente el Centenario del más virtuoso de los adalides de la magna lucha, que redimió del yugo colonial á la cuarta parte del mundo descubierto y cuovidado por el inmortal Colón á los beneficios de la civilización cristiana.

CUANDO me fué leída esa proclama, agolpóseme al corazón, en deliciosas corrientes de alborozo y recono-

cimiento, la sangre de patriotas y de mártires que por mis venas circula.

INSPIRADA en los nobilísimos sentimientos de paz y concordia que predominaron siempre en la grande alma de Sucre, esa proclama es por eso su más perfecta apoteosis.—Si por imposible, no le fuese dable á vuestra patria otra ofrenda que presentar al que en Pichincha la hizo libre, bastaría vuestra alocución para satisfacer cumplidamente la deuda de gratitud contraída por el Ecuador con el Prócer que todo lo sacrificó por su bienestar y su dicha.

NO LO dudéis, Señor! Desde la mansión de los héroes y de los justos, enviará Sucre una bendición de complacencia y de estímulo al Magistrado que, en actitud suplicante, implora de sus conciudadanos siquiera algunos días de tranquilidad, para que el Centenario de su especial Libertador sea lazo de reconciliación y unidad, y término feliz de lastimosas reyertas.

ESA actitud suplicatoria que tanto ensalza al que ruega, la asumió Sucre en más de una ocasión solemne y

á impulso de aspiraciones análogas á las que han dictado vuestra bellísima proclama. En ese aspecto sois sin duda digno sucesor del primer mandatario de este valoroso pueblo, á contar desde el venturoso 24 de Mayo.

OS HABÉIS captado por eso las simpatías y el aplauso de todos los patriotas de buena voluntad que, desde el Delta del Orinoco hasta la ría de Guayaquil, quieren solemnizar, cual cumple á su límpida gloria, el centésimo aniversario del varón egregio, tipo ejemplar de gobernantes sanamente inspirados, que de luego á luego comprendió que sin paz interna, don inefable del Cielo, sería de todo punto imposible la libertad por él traída con el tricolor que clavó triunfante sobre la cima del Panecillo y cuya gloria inmarcesible jamás podrá ser amancillada ú oscurecida por nadie ni por nada. Tanto así ese tricolor, bautizado con torrentes de sangre heroica, está por encima de las violentas convulsiones de banderías liberticidas y de los torpes manejos de apetitos bastardos!

DIGNÁOS aceptar este público testimonio de la gratitud en que hacia Vos rebosa el corazón de quien, con entrañas filiales, ama hasta el delirio la memoria sacrosanta que con sublime abnegación os esforzáis por ver honrada, cuanto ella lo merece, en esta cuna histórica de los primeros mártires de la independencia Sudamericana.

PAZ y gloria para sus manes y los de Sucre! Paz y gloria para este pueblo benemérito cuya libertad compraron á tan caro precio!

¡ATRÁS los refractarios á los consejos del verdadero patriotismo, que parapetándose hipócritamente tras la estatua y el nombre de Sucre, deslustrarán su Centenario con mascaradas de irrisorio luto, tan odiosas como grotescas!

DOMINADO por estos sentimientos, cábeme el honor de reiteraros la expresión cordial de mi alta y respetuosa estima.

Antonio José de Sucre.

Quito, Enero 19 de 1895.



RECEPCION DIPLOMATICA.

A LAS tres de la tarde del día miércoles, 30 de Enero, ha tenido lugar, en los salones del Congreso, la del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio José de Sucre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela ante nuestro Gobierno.

LA ceremonia, de suyo solemne, tuvo, indudablemente, mayor significación por la numerosa concurrencia, por el notable hecho de que el dignísimo Representante de esa Nación amiga y hermana, es deudo, y muy inmediato, del Héroe de Pichincha, del Segundo Libertador de Sudamé-

rica, Gran Mariscal de Ayacucho D. Antonio José de Sucre.

ADemás, conocidas como son ya las altas dotes de inteligencia y corazón del Excmo. Sr. Dr. Sucre, que desde hace algunos meses ha residido en esta Capital, con el carácter de Encargado de Negocios de su patria, no dudamos que el justísimo ascenso que le ha concedido su Gobierno, atendiendo á sus nobles y elevadas virtudes, será un nuevo título para que nuestras relaciones con la ilustre Nación que él representa sean más estrechas y afectuosas.

PARA conocimiento del público, damos á luz, en seguida, el discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Dr. Sucre y la contestación de S. E. el Presidente de la República.

(De *El Republicano*).

EXCMO. SEÑOR:

INestimable es el honor con que me ha distinguido mi gloriosa Nación, al elevarme al más alto rango de

la jerarquía diplomática, para representarla ante un Magistrado que, como Vos, se ha hecho singularmente acreedor al aprecio y reconocimiento de todo buen venezolano.

¡HABÉIS puesto en acción nobilísimos esfuerzos, para descubrir las reliquias preciosas del Libertador inmediato de vuestra patria; más aún: habéis hecho sacrificios de inapreciable valía, para conseguir que vuestros conciudadanos celebrasen el centenario del Vencedor de Pichincha, cual lo exigen los miramientos debidos á su memoria veneranda.

¡POR eso habéis merecido bien de Venezuela y de la familia Sucre, y, en representación de entrambas, os he tributado testimonio público de justa gratitud. Ello me ha costado ser blanco de grosero insulto y de calumnia torpe. ¡Tanto mejor para mí!

¡EL único timbre de mi larga y atormentada carrera, como sacerdote y hombre público, es el de haber padecido crudas persecuciones *propter jus-*

titiam. Ninguna justicia más cumplida, Excmo. Señor, que la que os he discernido, á nombre de mi patria y de mi estirpe.

VIVID persuadido de que, cualesquiera que sean las vicisitudes á que os sujete vuestra conspicua posición, en las circunstancias actuales, vuestro nombre será siempre pronunciado y bendecido con fraternal cariño, en la tierra clásica de la hidalguía y virilidad de sentimientos, donde todo se olvida y de todo se prescinde, cuando se trata de glorificar á los grandes próceres de la independencia hispano-americana.

EN este concepto, gózome y hónrome con poner en vuestras manos la carta autógrafa que me acredita como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de mi Gobierno cerca del vuestro, haciendo votos fervientes por la paz y prosperidad de la noble Nación que, con buen derecho, se gloria de ser la segunda patria de Sucre, y por vuestro bienestar y felicidad personal.

SR. MINISTRO:

BIEN merecáis que vuestra noble Nación os elevase al mayor rango de la jerarquía diplomática. Un distinguido vástago de la ilustre familia de Suere no puede menos de figurar á competente altura, en la época en que las miradas de todos los pueblos sud-americanos se levantan á contemplar al excelso vencedor de Pichincha en el pináculo de la gloria.

OS CONSTA, Sr. Ministro, el grande afán con que he procurado que la conmemoración ecuatoriana del nacimiento de Campeón tan eminente, fuese digna de él y de este agradecido pueblo, que le debe la ruptura de sus cadenas.

LÁSTIMA es que nuestros particulares disgustos hayan acibarado, en alguna ciudad del Ecuador, el intenso placer con que las generaciones libertadas se disponían á rendir espléndido tributo, de veneración y afecto, á quien

las redimió de la pasada servidumbre y las llamó á la vida de la república.

REBOSABA mi corazón en fervientes deseos de honrar al benemérito Adalid colombiano, con mayor brillo y pompa, si fuere posible; que en la misma comarca donde se meció su cuna. El Ecuador, según los designios de mi Gobierno, había de competir con la afortunada Venezuela, en el fausto de la apoteosis centenaria del grande hombre.

PERO hay algo de misterioso en cuanto tiene que ver con el Abel de Colombia. Su acerbo desengaño, poco después de la inmortal jornada de Ayacucho; su inmolación en una desierta montaña; la confusión de sus preciosas reliquias, hasta hoy vanamente solicitadas por el amor de los ecuatorianos; las nubes, en fin, que empañan hoy el horizonte de Pichincha, como para impedir que brille el sol de nuestra independencia, nos abisman el alma en dolorosas reflexiones, sobre la suerte de vuestro heroico deudo.

A UN vos, Señor Ministro, partícipe generoso de sus penas, os habéis visto en el caso de perdonar, como sacerdote, algún ultraje irrogado á la dignidad y altivez con que lleváis vuestro histórico apellido.

LOS pesares que, en mi difícil posición de Presidente republicano, he tenido que soportar, como consecuencia de mi empeño por que el Ecuador olvide sus disenciones, para glorificar á quien le dió vida de pueblo autónomo, por bien recibidos los doy; pues ellos prueban que, aun en medio de las mayores contrariedades y disgustos, no pueden los Magistrados de mi país prescindir de Sucre, como jamás pueden los hijos olvidar á su padre, aun en las más graves angustias de la vida.

LO QUE digo de los Magistrados, digo del Pueblo. Tened, Sr. Ministro, la seguridad de que, en el día 3 de Febrero próximo, no habrá en la Nación Ecuatoriana corazón alguno que no palpite por Sucre; pues hasta los más enardecidos por el rencor civil,

y los más desazonados por la aflicción ó el hastío, tendrán que unificarse en el gran sentimiento de amor, gratitud y veneración al excelso hijo de la venturosa Cumaná.

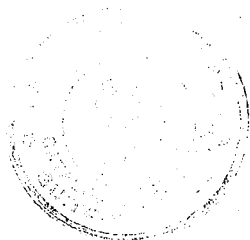
MIL poblaciones de mi Patria le rendirán homenaje solemne. Alguna disimulará, tal vez, sus verdaderos sentimientos, por causas especiales, que os son conocidas; pero ni ella dejará de estremecerse de júbilo, cuando luzca el secular resplandor de la segunda espada de Colombia.

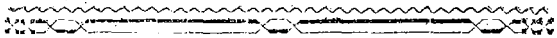
MUY oportuna es, Sr. Ministro, vuestra presencia aquí, en tan interesantes momentos. Representáis dignamente á vuestra hidalga familia, en la segunda patria del miembro más conspicuo de ella. Representáis, de igual modo, á vuestro digno Gobierno y á esa gloriosa Nación que supo derramar héroes en los campos de batalla de Sudamérica.

PARTICULAR es el agrado con que recibo vuestras credenciales. Disimulad la forma de mi discurso. No

podía ser otra, al tratarse de un personaje como vos, que viene con doble ejecutoria, la del merecimiento y la del apellido.

OS RECONOZCO en vuestro alto carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Venezuela.





BANQUETE DIPLOMATICO.

(De *El Republicano*).

COMO complemento de las fiestas del Centenario, tuvo lugar en la casa de la Legación de Venezuela, desde las 6 y $\frac{1}{2}$ de la tarde, un espléndido banquete ofrecido por aquella Legación á la República é Iglesia Ecuatoriana y al H. Cuerpo Diplomático.

LARGO sería enumerar la manera cumplida, afable y obsequiosa con que el Excmo. Sr. Ministro de Venezuela, y los Sres. Secretario y Adjunto de la Legación agasajaron á los concurrentes, todos los cuales manifestaron la complacencia que experimentaban por la gallardía y cultura del dis-

tinguido y respetable anfitrión y de sus nobles compañeros.

EN EL comedor, adornado con elegancia, se veían los retratos de Bolívar y de Sucre, graciosamente decorados por festones de hojas de laurel y flores.

LOS concurrentes al magnífico banquete fueron:

EL Excmo. Sr. Presidente de la República, el Ilmo. Sr. Arzobispo, los HH. Sres. Ministros de Instrucción Pública y Guerra y Marina, los HH. Representantes del Perú, Colombia y Francia, el Sr. Subsecretario de Relaciones Exteriores, el Sr. Cónsul de Venezuela, el Sr. Gobernador de la Provincia, el Sr. Comandante General del Distrito, el Sr. Intendente de Policía, el Sr. Jefe Político, el Secretario Particular del Excmo. Sr. Presidente, los dos Secretarios del Ilmo. Sr. Arzobispo, dos Edecanes de Gobierno, y los Sres. D. Jenaro Larrea, Dr. D. Jorge Angulo, Dr. D. Julio Donoso, D. Juan Aguirre Montúfar y D. Rafael Barba.

A LA hora del *Champagne*, como es de estilo, tomó la palabra el Excmo. Sr. Ministro de Venezuela y pronunció el siguiente bellissimo discurso, que fué muy aplaudido por los concurrentes:

EXCMO. SEÑOR; ILMO. Y RMO. SEÑOR;
II. CUERPO DIPLOMÁTICO; DISTINGUIDOS CABALLEROS:

A NOMBRE de mi Patria y de mi familia, saludo con efusiva gratitud á la Nación y á la Iglesia Ecuatoriana, en la persona de sus dignísimos Jefes.

YOS, Excmo. Sr., habéis llevado casi á lo sublime vuestro anhelo por glorificar á Sucre, cuanto él lo merece. Os lo he dicho ya en un documento público: vuestra proclama tendente á la consecución de aquel grandioso objeto bastaría de por sí para satisfacer con usuras la deuda contraída por vuestra Patria con el Prócer á quien noblemente reconoce y aclama como su inmediato libertador.

ES MÁS: de vuestro bondadoso corazón habéis sacado nuevos tesos-

ros de loor y prez para mi ilustre deudo, en el discurso con que os habéis servido aceptar el ejercicio de mis funciones como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de mi Nación.

PERMITIDME decíroslo en presencia de esta Honorabilísima Asamblea, y pluguiera al cielo que mi voz resonase en todos los ámbitos de este Continente!

EN ese discurso, donde campean á porfía la mansedumbre y la prudencia, la longaminidad y la abnegación, están admirablemente reflejadas las virtudes de Sucre como gobernante. Su grande alma se habrá estremecido de júbilo allá donde mora, al verse enaltecida por quien sabe amarla y venerarla con exquisita y cristiana delicadeza. ¡Bien por Vos y por la República que regís! Uno y otra sois dignos hijos de Sucre!

Vos, Ilmo. y Rmo. Señor, habéis hecho á mi Patria y á mi familia un espléndido obsequio, cual cumple á un

santo Príncipe de la Iglesia. Habéis reclamado el concurso de vuestro clero y vuestra grey; para elevar al trono del Altísimo vuestras valiosas plegarias, por el descanso eterno y felicidad perpetua del personaje que, por justo que aparezca ante la historia, puede ser posible de condigna expiación, á los ojos de Aquel que juzga á las justicias mismas.

HABÉIS realizado esa grande obra de misericordia y de piedad, en sufragio de quien aquí abajo fué misericordioso y pío cual ninguno de sus conmlitones, con magnificencia verdaderamente episcopal. ¡Bien por Vos y vuestro clero y grey, que os habéis hecho acreedores al perdurable reconocimiento de quien tanto amó á vuestro país y tanto honró á vuestra Iglesia!

SALUDO también, en la persona de sus dignos representantes, á la nueva Colombia y al Perú, que dieron á Sucre la flor y nata de sus guerreros, para coronarse junto con ellos de gloria impercedera, en las jornadas inmortales de Pichincha y Ayacucho.

BIEN que no representadas aquí, saludo con afectuoso entusiasmo á Chile, á la República Argentina y á Bolivia, que, con el contingente de sus más heroicos adalides, ayudaron á Sucre en la magna empresa de dar cima á la emancipación continental.

EN la persona de su muy digno representante, saludo, por último, á la Gran Nación Francesa, cuna de los grandes Capitanes en cuyos ejemplos aprendió Sucre el difícil arte de la guerra y el no menos difícil de usar gallardamente de la victoria.

SEÑORES! Por la paz y la gloria del Ecuador! Ah! sí, para conseguirle bienes tan preciosos, fuere necesaria, mi sangre, la derramaría gustosísimo, como puede hacerlo un sacerdote, seguro de que esa sería la ofrenda más propicia á los manes de mi glorioso consanguíneo, que todo lo sacrificó por el bienestar y dicha de la tierra de su predilección.

SEÑORES! Por la paz y la gloria de todas las Repúblicas de ambas

Américas y de la Gran República Francesa! Honor, bendición y gloria eterna á Bolívar, nuestro Libertador, y á sus ínclitos compañeros de hazañas.

EL Excmo. Señor Presidente de la República, cuyo talento oratorio es de todos conocido, contestó al Señor Ministro con este otro discurso:

EXCMO. SR. MINISTRO SUCRE:

¡CUÁN bien personificáis á vuestro excelso pariente, cuando dirigís caballeroso salduo á la Iglesia y á la República ecuatorianas!

ME parece que del magnánimo corazón de Sucre manan las delicadas expresiones vertidas por vuestros elocuentes labios.

LA dignísima Iglesia ecuatoriana tiene su noble representante, que os sabrá contestar. La República del Ecuador os contesta desde luego, por boca del más modesto de sus hijos, á quien le corresponde, sin embargo, el

legítimo derecho de hablar en nombre de ella.

OS agradezco, Sr. Ministro, por la justicia que acabáis de hacer á mi vehemente deseo, á mi extraordinario afán, de que, en este magno día del calendario de los libres, hubiese en mi querida patria grandes manifestaciones de júbilo, sublimes arrebatos de popular regocijo, en honra del eximio Capitán que inmortalizó con sus proezas las vecinas faldas del volcánico Pichincha.

PERO las más sanas y laudables intenciones se frustran, á veces, por obstáculos comparativamente pequeños. A poco se han limitado, por ahora, las fiestas de nuestro caudillo inmortal, aunque la estimación que le profesamos sea inmensa.

CÓMO hubiera querido yo que todo fuese digno de la legendaria celebridad del héroe, en el día en que se recuerda y bendice su bienhechor natalicio! ¿Por qué no me habrá sido dable conseguir que toda la hiel social

de la época presente fuese absorbida por sólo mi corazón, para que no quedase en los demás corazones ecuatorianos sino contento, exaltación, júbilo entrañable, turbulenta alegría, con que victorear á Sucre?

NO ME ha concedido mi suerte la dicha que me otorgara en el centenario del Gran Bolívar, el día 24 de Julio de 1883. Rebosaba entonces la capital del Ecuador en un gozo frenético, cuyo feliz intérprete hubo de ser el autor de estas descoloridas frases.

AHORA, los contratiempos de la política interna. . . Oh! guárdeme el Cielo de mentarlos! Quien habla de Sucre no puede tratar de domésticos sinsabores. El Ecuador los olvida todos, en este solemne instante, en que, huyendo del palenque de las pasiones, salta, conmigo, al territorio neutral de la generosa Venezuela, para saludar á uno de sus hijos más eminentes.

EN nombre, pues, de mi República, la hija predilecta del invicto Capitán, doy gracias rendidas al Todopode-

roso, por haber dispuesto que, cien años há, despertase á la vida el que, creciendo como un gigante, había de llegar á ser Gran Mariscal de Ayacucho.

CUANDO la Soberana Providencia tuvo á bien decretar que el Continente Sudamericano fuese libre, creó una brillante legión de libertadores. La mayor parte de ellos nació en la dichosa Venezuela.

DOS fueron, especialmente, los que, entre todos, descollaron, viniendo á ser, por su grandeza y por su intimidad, los gemelos de la gloria.

¿QUIÉN puede recordar á Bolívar, sin acordarse de Sucre?

SI hubiésemos de hacer un estudio comparativo de estas dos sobrehumanas personalidades, diríamos que Sucre es el natural complemento de Bolívar.

TEMPESTAD el uno, calma el otro; fuego el primero, luz el segundo; huracán el hijo de Caracas, brisa apa-

cible el de Cumaná; héroes ambos, sabios y elocuentes los dos, bien podía decirse del uno que dominaba la borrasca *cuncta supercilio movens*, así como podía ponerse en los labios del otro el *motos prestat componere fluctus*.

EL alma de Sucre se encendía en la de Bolívar, para el ardor de las batallas. De aquí el sublime verso de nuestro poeta príncipe, para significar la influencia que había de tener el Libertador en la formidable jornada de Ayacucho:

Al joven Sucre prestará su rayo.

EL alma de Bolívar se humanizaba, dirélo así, al influjo de la serena ecuanimidad del adalid filósofo, del guerrero filántropo, que consiguió implantar, en plena tormenta, todos los principios de equidad compatibles con la barbarie de la matanza recíproca...

¡NÚTIL faena la de elogiar á Sucre!
¡La historia y la poesía se han apoderado de su esclarecido nombre,

para lustre de las páginas que más honran al linaje humano.

DESISTAMOS, pues, de ponderar sus excelsas virtudes, y rindámosle el tributo de nuestro secular agradecimiento.

EXCMO. Sr. Ministro Dr. D. Antonio José de Sucre, feliz heredero del nombre, inteligencia, dignidad y cultura de nuestro ínclito Libertador, recibid el homenaje que ofrecemos, en el día de hoy, á la inmortal memoria de vuestro preclaro tío.

EN representación de vuestra ilustre familia, aceptad la ovación de esta sociedad ecuatoriana, que es la mitad más numerosa de la familia de Sucre.

EN nombre de la altiva y noble Venezuela, acoged la fraternal salutación que le dirige esta República agradecida, como á madre del guerrero que nos otorgó la libertad.

EN representación, por fin, del Excelentísimo Presidente de vuestra Patria, sed saludado por el Presidente

del Ecuador, quien hace los más fervientes votos porque crezca y prospere, como la fama de Sucre y de Bolívar, la varonil y fecunda Nación que produjo colosos de la talla de Bolívar y de Sucre.

¡GLORIA para tales hijos! ¡Progreso y grandeza para tal madre!

